

Posibilidad de la Filosofía como Ciencia

La pretensión de constituir a la filosofía como ciencia, recibida en los círculos especializados, según los casos, con verdadero entusiasmo o con prudente reserva, sorprende y sorprenderá todavía a muchos. Se tienen aún presentes los cuadros del cientifismo finisecular, y en esos cuadros el papel que juega la filosofía, cuando juega alguno, se reduce a resumir los aportes que los distintos enfoques científicos de la realidad acumulan, para operar una especie de síntesis mágica total con ellos. En los otros casos, la concepción cientifista excluye radicalmente por innecesaria toda especulación filosófica, como ocurre, según es sabido, en la sistematización científica positivista.

Pero como quiera que es imposible escapar de la filosofía —ya se conoce aquello de que aún quien niega la posibilidad de la filosofía asume de hecho una posición filosófica a su pesar— la disciplina ha renacido, en rigor porque nunca estuvo muerta, del sepulcro comtiano que se fraguó para ella. Y nació de nuevo, precisamente como superación de un positivismo que distaba mucho de serlo en forma consecuente. Porque el programa que en un principio le había servido de plataforma teórica distó mucho, en determinado momento, de ser fiel a la realidad que se trataba de no traicionar mediante él. La observación desinteresada, la descripción objetiva de los hechos, fué siendo reemplazada por un desenfreno constructivo que terminó por llegar a pensar primero los hechos para después atender a ellos. La única actividad cognitiva que se salvó de ese perjuicio fué, quizá, la física matemática, y eso porque tenía ya hechas sus pruebas y legitimados sus alcances de modo fehaciente e indiscutible. Pero los otros sectores del pensamiento científico sufrieron doblemente las consecuencias de esta actitud, doblemente porque sus objetos eran traicionados dos veces: al resultar toerizados *a priori* en forma las más veces caprichosa, y al ser considerados luego con un aparato metódico montado para que los resultados de esa consideración coincidieran, sin dejar resquicios, con lo teoretizado previamente sobre ellos.

Cuando históricamente se llegó a esa situación, la filosofía volvió a reclamar por sus fueros. Y esto precisamente porque uno de los sectores del pensamiento humano tenía característi-

cas definitivamente filosóficas y pretensiones científicas serias a la vez: la psicología.

Tan serias eran esas pretensiones científicas que el psicologismo fué durante un tiempo legitimado sin vacilaciones y elogiado sin medidas; y el psicologismo se pretendía "positivo", título que le servía para denominar con él, más su pretendida científicidad, que su innegable carácter filosófico.

La reacción se produjo en lo que se llama "fenomenología". El alerta vino de una región filosófica del pensamiento, y se produjo con un aparato técnico de textura filosófica y con una revisión crítica filosófica de los supuestos que lo hacían imperioso. El alerta fué recogido casi de inmediato: Husserl mostró, en su crítica al psicologismo, precisamente, que era imposible seguir manteniéndolo como posición legítima en el enfoque de los problemas de conciencia. Y si con esto perjudicó a la psicología, benefició a la vez y al mismo tiempo a la filosofía toda; la benefició deslindando claramente los dominios de problemas y dando a cada uno un método adecuado a sus objetos respectivos.

La pretensión de la fenomenología es la de atenerse lo más fielmente posible a los hechos, a las cosas mismas. Procede por descripción, y sólo considera haber alcanzado sus metas cuando puede colocar frente a evidencias intuitivas indiscutibles, obtenidas mediante esa descripción y *nada más*. Pero aquí lo sorprendente: la pretensión de la fenomenología es también constituir a la filosofía como ciencia. Y esta pretensión extraña mucho más que la otra, sobre todo si se piensa que la fenomenología misma nació, en cierta medida, como réplica filosófica a la ciencia. En este sentido estaría comprendida en los recuadros tradicionales que veían entre ambas posiciones, la científica y la filosófica, una relación de oposición imposible de superar. ¿Cómo, siendo así, esta aspiración a llegar a ser una ciencia?

Para comprender cabalmente el problema y sus consecuencias y alcances, es conveniente remitirse a la famosa frase de Kant en que éste aludió al "escándalo de la Filosofía". Se sabe que en ningún sentido parecido puede hablarse, entre otros, de un "escándalo de la física" o de un "escándalo de la matemática". Ambas marchan sobre seguro, acumulando certezas evidentes, y modificando sus soluciones por ampliación, en vez de cambiarlas por sustitución.

No ocurre lo mismo con la filosofía; parece que una especie de destino trágico la ha condenado desde su aparición, a ser sometida a la revisión crítica de sus posibilidades mismas. Y esto, por el contrario, no ocurre con la "ciencia". De la ciencia nadie duda ya; de la filosofía se sigue dudando. Y

no es del caso recordar aquella otra frase de Aristóteles en la que se decía de la metafísica que “ninguna ciencia más inútil que ella; ninguna superior”. Lo que está en entredicho es justamente la pretendida superioridad de la metafísica, es decir de la filosofía toda; esto es lo que, lejos de estar comprobado, hay que justificar. Los caminos para esta justificación son muchos y muy variados; pero visto que ninguno que atienda a lo que la filosofía es intrínsecamente, cabe buscar fuera de ella y por otros caminos la justificación a que se aspira. Y el modelo está ahí: está en el carácter constructivo de la ciencia, que ha conseguido reducir la explicación de la realidad a términos de valor universal y evidente para todos. La posibilidad de eliminar las interminables polémicas filosóficas de que está plagada la historia de la disciplina, está en que ella se constituya con la misma constrictividad, con la misma rigurosidad con que se ha constituido la ciencia. Tal, y no otra, la pretensión de la fenomenología, sobre todo en su aporte metódico.

Porque la importante es esto: la fenomenología no trata ya de reducir la filosofía toda a física ni siquiera pretende que la filosofía incorpore como propios los métodos de aquella otra ciencia. *Quiere llegar a su mismo rigor, sí, pero por caminos adecuados a su objeto.* Sería absurdo aplicar la relación de causa a efecto de la física clásica, o el concepto de probabilidad de la física moderna, en la “explicación”, por ejemplo, de los fenómenos de conciencia. Y el absurdo no viene sino de que los fenómenos psicóquicos mismos, por ejemplo, no pueden “explicarse”, sino que deben comprenderse. Haber dado este paso no quiere decir que se cierra con él el camino a la constitución científica de la filosofía, o de la psicología, sino que quiere decir más bien que se ha tomado clara conciencia de que la única forma de rigor posible para ellas, sólo podía venir de un tipo de ciencia particular en la que el rigor estaría garantizado por la fidelidad al objeto. Nadie ha dicho nunca, o si lo ha dicho ha incurrido en grave error, que el *único tipo* de ciencia posible es el de la ciencia física; el error se ve en cuanto se toma en cuenta que ninguna ciencia está tan alejada de ella como la matemática —y por lo mismo tan cerca— sin dejar por eso de ser tan ciencia como ella.

De aquí precisamente el cuidado de Husserl de insistir sobre el punto, en ocasiones tan mal entendido, de que la fenomenología *no es una toma de posición*, frente a los problemas o a las cosas. Según ésto, si Descartes, Kant, Bacon, Hegel o Spinoza han obtenido, mediante una descripción adecuada, es decir bien hecha, de los problemas, conclusiones rigurosas donde el rigor viene de los problemas mismos, no existe el menor impe-

dimento para llamar fenomenólogos a todos ellos. La exclusividad de validez o de verdad no es del filósofo, es de la filosofía, así como la verdad de la ley de gravitación universal no es de Newton sino de la física. Se trata pues de un método, y de un método que sólo se concreta en leyes derivadas de una cuidadosa descripción de su objeto. Y si de la descripción no puede seguir ninguna ley, se trata entonces de un método científico que directamente no aspira a formular leyes. Nadie ha dicho nunca tampoco que la apodicticidad de la ciencia se debe únicamente al hecho de que formula leyes. Si ello hubiera sido efectivamente así, no se ve muy bien cómo podría seguirse llamando *ciencia* a la física atómica actual, en la que el concepto de legalidad ha sufrido cambios tan radicales.

Queremos decir con esto que la especulación humana, sea científica o filosófica, tiene siempre algo más y algo nuevo respecto de lo que ella misma proporciona. Y sobre todo cuando lo que proporciona es leyes. Algo más porque debe contar con la legalidad interna del pensamiento —que el científico hace a veces a un lado sin mayor embarazo— y algo nuevo porque cada nuevo hecho comprobado puede hacer peligrar incluso el alcance de una ley.

Si exageramos incluso un poco nuestras reflexiones, podríamos llegar a ver que la apodicticidad de la legalidad física es más pretendida que real. El hecho ha sido observado: las leyes de la ciencia son juicios asertóricos más bien que apodícticos; se limitan a decir qué es lo que ha ocurrido en casos ideales considerados como los mejores en cada experiencia total, y sobre esta base, a prever qué es lo que *posiblemente* ocurra en otros tantos casos igualmente ideales e igualmente favorables para las condiciones fijadas por la ley.

Pero sin llegar a esto, no se ve por qué no pueda alcanzarse una estrictez de rigor semejante con la filosofía. Para verlo con un ejemplo: lo primero que cabe delimitar con el mayor rigor posible, partiendo del supuesto de la pretendida estrictez, es la esfera de objetos peculiar del sector considerado. Hay tres objetos de naturaleza un poco huidiza, que tradicionalmente constituyeron el eje de la reflexión filosófica: el alma, el mundo y Dios. Precisamente la física, cuando comenzó a constituirse como ciencia no se hizo problema del mundo mismo, sino de las condiciones de su posibilidad. Y precisamente cuando la psicología comenzó a hacer valer su pretensión científica, fué cuando se dejó de lado la noción clásica de "alma". Con esto, una y otra se separaron en cierta medida o lo pretendieron en algunos casos, de la filosofía; pero ganaron en precisión y rigor. Con Dios no ha ocurrido lo mismo; y mientras la filosofía

siga atendiendo a ese problema, podrá seguir constituyéndose como filosofía, pero deberá declinar la aspiración a constituirse como ciencia. Y aún en el primer caso, la denominación "filosofía" parece ir más allá o quedar de este lado del problema que estaría considerando. Esto ya lo vió Kant, y la objeción que se ha actualizado contra lo sostenido por él es que está en la naturaleza misma del hombre el plantearse precisamente el problema de Dios. A lo que no podemos añadir ni quitar nada; sólo que cabe pensar qué es lo que se legitima con eso: si el que el hombre se plantee el problema como hombre o que lo plantee como filósofo. Y parece que se trata sólo de lo primero. Estamos en lo que antes decíamos: la ley de gravitación universal, para nada necesita que sea precisamente Newton quien lo haya formulado. Pero si por su índole misma la ley de gravitación universal se hubiera dado, por ejemplo, como imposible de ser formulada en una expresión algebraica, hubiera cabido muy bien la precaución de eliminarla del campo de la ciencia física, con Newton o sin él.

No sabemos todavía si podrá concretarse la aspiración aquí señalada. Pero es legítimo deponer los escepticismos prematuros, y pensar que tal vez algún día podrá justificarse un poco más sólidamente que hasta ahora la necesidad perentoria de la filosofía. Quienes la sentimos y la queremos con una evidencia de principios y de resultados un poco más firme y un poco más rigurosa, no podemos dejar de reconocer que el principio está ya sentado en firme. Las conclusiones apuntan ya también en nuestro propio terreno: la filosofía de la existencia es el fruto más elocuente y más cercano, a la vez que el más fecundo, si la filosofía es lo que una antigua tradición filosófica reclama que debe ser: una comprensión cada vez más profunda del ser del hombre.

ANGEL JORGE CASARES.